

## IV

Ramón llegó por la mañana; era enteco, apenas si representaba seis años; entró de la mano de sor Eduvigis, que lo presentó á todos.

En el primer momento la acogida fué silenciosa: temían exacerbar la extrañeza y el dolor del niño, y casi no se atrevían á acercarse á él. Ramón los miraba con recelo, sorprendido de que su calvario concluyera allí. En las pantorrillas sarmentosas veíanse ya las huellas del mal, y en la barbilla un grano le supuraba constantemente. Tenía la cabeza desproporcionada, grandísima: al inclinarla parecía que el cuello, harto fino, iba á quebrarse, y esto hubiera sido grotesco á no ser tan triste. Poco á poco empezaron á hablarle; él respondía despacio, muy serio, fijándose mucho en las palabras, temeroso de decir algo inoportuno. Durante todo el día oprimió contra el pecho, con aire obstinado, un carrito de hoja de lata que le regaló sor Eduvigis; pero por la tarde, cuando el sol dejó de alumbrar

la galería, y las sombras, naciendo en los rincones, empezaron á echar hacia fuera la claridad azulosa del crepúsculo, el niño soltó el juguete y rompió á llorar. Lloraba con desolación, con un llanto que no parecía llanto de niño; y fué estéril que aquellos hombres, olvidados de su propia desdicha, se arrojaban para consolar mejor el desaliento de la criatura... Remigio le prometió que él pediría herramientas y le haría un carro más grande; Antonito quiso adormecerlo con un cuento y Quico le hizo de periódicos viejos un gorro y varias barcas... Resultaron inútiles todos los cuidados, todas las reflexiones. El viejo de las canas amarillas fué á su colchón y trajo con misterio la moneda de oro, diciéndole que al día siguiente iban á gastarla íntegra en juguetes. Ramón lloraba sin consuelo, con la oscura conciencia de que por muchos juguetes que le dieran no podrían resarcirlo de los dos juguetes vivificadores que acababan de arrancarle para siempre: el sol y la distancia... Y los pobres leprosos rebuscaban en sus almas las mejores palabras de ternura, palabras casi maternas; don Manuel le llamaba Ramoncito; el viejo, "mi nieto", y Remigio y Quico "rapaz"; Antonito lloraba en silencio. Cuando después de la cena el sueño lo venció, todos rodearon sigilosos su cama. El niño respiraba blandamente; á

ratos se percibía en su respiración un olor nauseabundo; sobre los párpados los caminitos de las venas corrían abultados. Juan inició los comentarios en voz baja:

—¡Más le valía no despertar nunca!

—¡Sabe Dios de dónde vendrá y lo que tendrá ya sufrido!

—¡Desde hoy ya tenemos por quien mirarlo!

—Y desde hoy nada de llamarle Antoñito a éste; aquí no hay más Ramoncito que el niño.

—Sí, sí...

Al otro día el viejo entregó a sor Eduvigis la moneda de oro, y la galería se pobló de animales de cartón, de carros, de automóviles, de barquitos. Samuel y el inválido eran los predilectos por el niño. A medida que adquiría confianza, contaba su vida: venía de una ciudad del interior, en donde estuvo en un asilo; cuando le preguntaban cuántos años, abría mucho los ojos y quedaba indeciso, esforzándose por precisar sus recuerdos; mas sus recuerdos se amortiguaban hasta confundirse con imaginaciones irreales, y las figuras de los padres que lo habían expulsado negándole el nombre y la tibieza familiar, adquirían formas tan flotantes, tan inciertas, que no osaba hablar de ellos. Un día, en el asilo, le salieron unos granitos en la barba y como no se le cerraban a pesar de las curas, lo pusieron en observación; varios médicos fueron a verlo y

discutían ante su cama; después, sin dejarlo despedir de sus compañeros, lo llevaron a la estación y allí lo entregaron al practicante... Todo esto lo fueron sabiendo poco a poco, desentrañándolo de los relatos inconexos. En los primeros días el entusiasmo por servir a Ramoncito era tal, que se originaban disputas; el viejo creía haber comprado con su oro la predilección del niño, y al ver que éste prefería a todos los juguetes arrastrar a Antoñito en su carro, se incomodaba; Antoñito era por virtud de la fantasía infantil, tan pronto caballos como automóvil ó tren, y las ventanas eran estaciones ante las cuales Antoñito lanzaba repentinos silbidos que asustaban al niño y hacían reír a todos. Quico y Remigio se ponían a andar a gatas para que Ramón cabalgara sobre ellos; pero la novedad sólo lo atraía un rato: después volvía a sus juegos favoritos. Sólo a Samuel le mostraba antipatía, porque éste le preguntaba a solas por su madre, hostigando su memoria, obligándole casi a recordarla. Y sin poder explicarse porqué, aquello hacía sufrir a Ramón...

Ni una vez entraba sor Eduvigis que no los hallara jugando: don Manuel era el encargado de contar cuentos, Remigio lo paseaba sobre los hombros, Quico lo llevaba a horcajadas sobre las espaldas, saltando y piafando como un caballo. Juan le proponía acertijos... Y sor Edu-

vigis bendecía la llegada del niño, que apartaba de ella la atención. Á veces Ramón preguntaba cosas difíciles de contestar, curioso del por qué de todo, acorralando de pregunta en pregunta á don Manuel que era quien mejor le respondía, hasta obligarlo á un: "Eso sí que no sé decirtelo, hijo". Una tarde, durante la cena, preguntó:

—¿Aquí en esta tierra nunca es domingo?

—Sí; pasado mañana—dijo Juan.

Entonces el niño se puso á palmotear de alegría, gritando:

—¡Qué bien, qué bien... Van á sacarnos de paseo como allál

La inocencia y el sarcasmo de aquella alegría cayeron sobre el alma de todos. ¡Salir de paseol No, nunca más vería otras paredes, respiraría otro aire ni vería otro horizonte; era peor que el preso, que se engaña con la esperanza de que los días que faltan para cumplir su condena serán más cortos que los que pasaron. ¿Cómo decirle esto á Ramón? Habría que fingir un nuevo calendario, donde el domingo se fuese alejando, alejando indefinidamente, hasta el día en que cara al cielo, bajo las tablas del ataúd, saliese á pasear el cuerpo rígido, mientras el alma, cansada de haberlo soportado tantos años, fuera delante posándose en las flores, recibiendo el beso de las brisas, queriendo prolongar sus alas para abrazar al mis-

mo tiempo todas las cosas... "Nunca más, nunca más"; estas dos palabras adquirirían en la conciencia de los leprosos su infinito sentido negativo... ¡Nunca más! Y no se atrevían á mirar á Ramón, asustados de que pudiera leer en sus ojos. Ni siquiera Remigio comió con apetito aquella noche.

Con el paso de los días el cariño á Ramón fué sérenándose y los antiguos hábitos volvieron. La monja, algo olvidada durante aquel tiempo, ocupó otra vez el primer plano de la atención. Nada podía resarcirlos de los cuidados, de la intimidad, del afecto perdidos. En el fondo sentían respecto al niño un dejo de decepción; no es que lo quisieran menos, casi al contrario: es que también Ramoncito llegó á adquirir la pátina sepulcral, á perder el atractivo misterioso de cuanto venía de fuera, del mundo. Ramón era su mismo dolor en carne infantil, y no podía sustraerse al magnetismo de los que cada día aportábanle un renuevo de lo imposible. La hermana, *El Verdugo*, el practicante mismo, hasta el portero barbudo á quien veían de tarde en tarde pasar medroso por el jardín, eran puentes que unían las riberas de la muerte con las de la vida; en sus voces notaban los leprosos algo fragante, sus ojos tenían para ellos la luminosa limpidez que les daba el reflejar otras perspectivas, y en sus ropas, cuando entraban en

la galería ó en el dormitorio, venía adherido un polvo impalpable de ventura, que estimulaba los sentidos y sugería visiones de las seducciones del mundo. Veíase claramente que Quico pensaba al mirarlos: "Ésos pueden ver á los políticos, oír sus discursos; y Remigio: "Ésos pueden escoger sus comidas, atracarse de exquisitos manjares"; y Samuel: "Ésos ven de cerca á las mujeres que yo casi tengo que inventar"; y Antoñito: "¡Ésos pueden correr el mundo!"; y Juan: "Ésos no tienen que aguantar injusticias"... Sólo los dos viejos no pensaban en nada. Y el pensamiento de don Manuel era tan recóndito, que no hubiera podido adivinarse.

Otra vez volvió á ser la lectura del periódico el eje espiritual del día. Ramón escuchaba leer callado, esforzándose en comprender, en interesarse. Finalizaba entonces la primavera y el campo salpicado de puntos amarillos ondulaba á la menor ráfaga; á lo lejos un molino de viento giraba loco; hacia el campo de maniobras vetanse en los días muy diáfanos flamear banderas. Ramón tardó algunas semanas en conocer aquellos accidentes del paisaje y en agotar el placer de contemplarlos. Sabía de memoria que, á las doce, la franja de sol que entraba por la tercera ventana, llegaba hasta un nudo de la puerta del dormitorio; ningún reloj mejor que su tedio para medir

la hora de las comidas, las de las curas, las catorce horas interminables é iguales que pasaba cada día despierto; llegó á apreciar con exactitud la relación de tiempo entre cosas intermitentes, y cuando manchando el cielo muy cóncavo y muy azul, veía pasar una nube negra, poníase igual que los otros leprosos á desear la lluvia, esa lluvia del trópico que empieza con gruesas gotas tibias, cae después en torrente corto tiempo, y deja luego la atmósfera transparente, pura. Los huesos de Quico y la nariz de Samuel eran los mejores barómetros: dos ó tres días antes de cada aguacero, Quico se quejaba, y en cuanto la tierra esponjábese con las primeras gotas, Samuel aspiraba con delectación, casi con lujuria el olor húmedo... Todo esto iba observándolo Ramón y forjándose distracciones, pero al cabo tuvo que aguzar el entendimiento para suplir con incidentes espirituales los que la vida material no le podía dar.

La tarde en que don Manuel, sin poder resistir más en pie los latidos de una nueva úlcera abierta en el cuello, pidió que lo llevaran á la enfermería, fué de gran emoción; parecía mentira el vacío que un solo cuerpo dejaba entre ellos; antes de comer se pusieron á comentar el suceso. ¿Iría don Manuel á morir? No; Quico aseguraba en voz baja, para no ser oído por el viejo de la cabeza carcomida, que

las costras de don Manuel no se habían aún puesto negras, y que por lo tanto... Á la mañana siguiente sor Eduvigis les dijo que el enfermo seguía mejor, y todos se levantaron presurosos, contentos, porque un problema se avecinaba. ¿Quién leería el periódico? La silla de don Manuel estaba como todos los días junto á la mesa y el periódico encima; hubo un instante de indecisión; Quico lo rompió audaz:

—Leeré yo. Voy á empezar por el artículo de fondo.

Pero su voz era demasiado pastosa, y unas veces por graduar mal la respiración, otras por tergiversar las comas ó tartamudear las palabras, los demás no lo entendían bien. Él mismo lo comprendió en seguida y, tendiendo á Antoñito el periódico, dijo modestamente:

—Lee tú; uno se cree que sabe leer y luego no sabe... Aquí no nos olvidamos de hablar por milagro de Dios... Anda, te voy á poner encima de la mesa para que estés como en una tribuna del Congreso.

Con sus manos enormes colocó sobre la mesa al inválido; Antoñito tuvo la cortesía de ofrecer el periódico á Juan, pero Juan rehusó; y emocionado, empezó á leer muy despacio, muy bien, demasiado bien, poniendo toda su alma en juntar las sílabas.

En la enfermería pudo don Manuel darse

cuenta de la hostilidad con que el practicante y *El Verdugo* trataban á sor Eduvigis. Muchas veces, creyéndolo dormido, el practicante reprochaba á la monja el haber pedido en el boletín religioso de la diócesis libros para los leprosos; según él, aquello era "gana de atraer la atención sobre el hospital, gana de dar importancia á los servicios que en otros países más civilizados prestaban sin tanta prosopopeya enfermeras laicas". La monja le contestaba bondadosamente, pagando á lo más con reticencias de irónica suavidad los insultos. Más de una vez sintió don Manuel ganas de levantarse y golpear á aquel hombre. El médico, más discreto, hacíase también solidario de la desaprobación de su subalterno, pero jamás decía nada y trataba á la monja con una cortesía estricta; hablaba con el practicante del "morbus fenicius" ó del bacilo de Hansen y, para molestar á la monja, aludía desdeñosamente á la medicina casera ó á la caridad mal entendida de los hospitales administrados por religiosas. Cuando la hermana se quedaba á solas con don Manuel, trataba de quitarle importancia á aquella guerra. Si hubiera sido Quico, si hubieran sido Remigio ó Juan, sor Eduvigis no habria mostrado desfallecimiento, pero don Manuel cada vez que ella le aseguraba: "El día que yo vaya á ver á la señora del albacea, que dicen que es tan

caritativa, todo se arreglará", admitía en silencio sus palabras de falso optimismo y la miraba á lo hondo de los ojos con tal melancolía, con tal comprensión, que la monja sentía descubiertas las decepciones de su alma; y hubiese querido contarle su propósito de irse á otro hospital "menos adelantado" en donde poder ejercer, como la beata Angela de Foligno, su misión de hermana de los lázaros. La tarde en que entró vestida con su hábito de calle y le dijo que iba á llevar unos encargos á la ciudad, él comprendió en seguida que iba á dar el paso decisivo. Nunca la impaciencia alargó tanto las horas: don Manuel pensaba en los dos viejos, en Quico, en Antoñito, en Juan, en Remigio, en el infeliz Ramón. ¡Qué ajenos estarían de que en casa del albacea iba á desvanecerse ó á consolidarse aquella tarde el poco de felicidad que aún podía otorgarles el mundo! La monja tardaba, tardaba... ¿Tocaría el acento férvido de sor Eduvigis el corazón de aquella señora, filantrópica profesional, que devolvía en cierto modo á los leprosos parte de lo que les hurtaba su marido, enviando hecha hilas la lujosa ropa blanca de deshecho? Durante algún tiempo don Manuel tuvo esperanza: sí, sor Eduvigis sabría lograr que le permitieran leer por la tarde á los enfermos, quitarse la capucha, tratarlos menos rígidamente. De

pronto, como si el rayo del sol que iba á besar el crucifijo clavado en la pared se llevara, al irse, sus ilusiones, tuvo la certeza de que la hermana iba á fracasar. Al oirla, no le fué preciso mirar el desaliento en sus ojos para comprender; la hermana nada dijo; don Manuel se torturaba buscando una manera discreta de preguntarle; al concluir la guardia del practicante y relevarlo ella, él musitó sin alzar la vista, con voz trémula de ansiedad:

—Qué, ¿se nos va usted por fin, hermana?

—Sí; no hay más remedio; es lo mejor.

Fué á decir algo más, pero la voz se le estranguló y se hizo un sollozo; en vano la voluntad quería avasallar al dolor; nuevos sollozos se escapaban, largos, saturados de desconsuelo. Incorporado en la cama, don Manuel le decía tumultuosamente frases alentadoras, y con dolorosa lucidez se daba cuenta del contrasentido de que él pudiera consolar á nadie. Al cabo, la monja susurró la confidencia; hablaba muy despacio, diríase que recapitulaba la escena para sí misma en vez de narrarla para otro:

—Me han dicho casi claramente que me vaya; que lo que yo quiero hacer aquí es perjudicial para ustedes mismos, por apartarlos del régimen á que ya están acostumbrados... ¡Qué sé yo! En cuanto llegué, la señora hizo una seña á la criada y en seguida acudió el al-

bacea; que Dios me perdone, pero no hay quien me quite de la cabeza que me esperaban. De nada me sirvió decirle que estaba dispuesta á firmar el compromiso de no salir nunca del hospital y á quedarme para siempre entre ustedes, como otra enferma. Me echan casi, ya ve usted... Pero lo han de hacer claramente. Desde hoy vuelvo á hacer la vida de antes, y que se quejen si se atreven, como me han dado á entender con indirectas... Yo también escribiré á la Superiora y al señor Obispo. Sería capaz de escribir hasta al Santo Padre, con tal de quedarme con ustedes.

Con decisión se quitó la capucha y los guantes. Su energía de mujer joven se rebelaba. El practicante entró á husmear y su sorpresa, al ver contravenidas de tal modo sus órdenes, fué tan grande, que hasta le impidió protestar. Don Manuel percibió su mirada de despecho, y al verlo salir dijo á sor Eduvigis:

—Pocos días le quedan de estar con nosotros, hermana... Lograrán que el mismo Obispo le aconseje que se vaya; ya verá usted.

—El señor Obispo es un varón justo y no se dejará engañar.

—¡Pobre sor Eduvigis!... Tiene usted la candidez de las santas... Se irá usted. Y cuando usted se vaya yo quiero pedirle un favor... Si se va á la leprosería de Mozambique, como

me dijo una vez, tendrá que embarcar en Puerto-Grande, ¿no es esto?... Yo soy de Puerto-Grande y le agradecería, si no le sirve de molestia, que usted, al pasar...

—Lo que usted quiera, hermano... ¿Tiene usted allí familia?

—Sí y no... Verá usted. Mi vida es algo lamentable. Tengo una familia que me ha negado, una familia para la cual trabajé toda mi vida, y que al presentárseme la enfermedad, que fué á los cuarenta y dos años, me aconsejó viajar, un largo viaje; uno de esos viajes de que hay muchas probabilidades de no volver... Lo que he hecho, casi. Mis hijas decían que yo con mis granos repugnantes y mi fama de leproso, les ahuyentaba los partidos... Tal vez tenían razón... Era una vida vergonzosa, peor que estar aquí; la gente me huía en la calle, mis hijas me odiaban; sí, sor Eduvigis: usted es demasiado buena para comprenderlo; me odiaban, y hasta para librarse de que pudieran creerlas amenazadas de mi mal, acogieron ó propalaron, no lo sé, calumnias contra su pobre madre que esté en gloria. Al principio pensé en desheredarlas, en resistir... Luego comprendí que era inútil y seguí el consejo. Como me iba para un viaje tan largo, liquidé mi hacienda y les entregué á cada uno suyo para ahorrarme testamentos y papeletes. Pensé en suicidarme y... ya ve usted

que no lo he hecho. Dios me dió con la cobardía de ese momento de quitarme la vida, el valor de seguir viviendo. Leí algo acerca de este hospital, y tomé en un solo día la resolución de suicidarme de otra manera; tanto valor hacía falta para uno como para otro suicidio, pero para éste lo tuve... Al principio me fué duro, figúrese... Sólo un amigo de la infancia supo, bajo juramento de silencio, mi paradero; ese amigo era viejo y debe de haber muerto ya, porque ha dejado de escribirme... á no ser que me haya también olvidado. En fin, ya ve usted qué historia más negra; no llore... Lo que yo quiero es que usted, al pasar por Puerto-Grande, se entere de si mis hijas se han casado, de si son felices, y me escriba una carta diciéndomelo.

Aquella tarde sor Eduvigis entró en la galería y, sentándose junto á la mesa como en los días primeros de su llegada, abrió su Biblia por una de las marcas hechas con estampas religiosas, y comenzó á leerles en alta voz. Al verle de nuevo la cara, al sentirla otra vez atenta sobre ellos, la esperanza renació en las almas marchitas. ¡No sabían que aquello era la luz intensa y corta que da una lámpara antes de extinguirse! Hasta el viejo de la cabeza carcomida hizo un enorme esfuerzo para mirarla; todos la escuchaban atentos, sin perder una frase. Ramón á las primeras palabras, in-

clinó sobre los brazos la cabeza y se quedó dormido, como si la voz de la monja cantara tardíamente para él las canciones de cuna que no había escuchado de pequeño. La voz de sor Eduvigis resonaba en la galería, trémula, emocionada:

“Para purificar la casa del leproso, según rito, tomará dos avecillas y palo de cedro y grana é hisopo;

„Y degollará una de las avecillas en una vasija de barro sobre aguas vivas;

„Y tomará el palo de cedro y el hisopo y la grana y el avecilla viva, y mojará todo en la sangre del pájaro sacrificado y en las aguas vivas y rociará la casa hasta siete veces;

„Y purificará la casa con la sangre de la avecilla y con las aguas vivas y con la avecilla viva y el palo de cedro y el hisopo y la grana;

„Y luego, para que la casa sea declarada limpia, soltará el avecilla viva fuera de la ciudad, sobre la extensión de los campos.“

Aquel pájaro que escapándose de la casa iba á ser libre después de estar tan cerca de la podredumbre y de la muerte, despertaba en Antoñito ansias remotas: ¡Ser pájaro, ser humo, ser viento: todo lo que circula, todo lo que se aleja; ser perfume, ser sonido, ser río.. ¡No, río no, que el río se arrastraba por la misera tierra, lo mismo que él!